719



¡Siempre que va este doctor
a ver una bella enferma,
yo no se lo que le pasa,
que no encuentra la receta.

La Receta

20 CENTS

6 OCT 1955

720

MISCELÁNEA

Kiosco LA • SAETA

RAMBLA DEL CENTRO
FRENTE CALLE DE FERNANDO

Gran surtido de tarjetas postales, láminas de la República, retratos del Rey, venta de toda clase de semanarios ilustrados y demás periódicos.

La señora Propietaria de este kiosco, á más de LA SAETA, recibe

Heraldo de Madrid, Heraldo Taurino, Heraldo de la Rioja, Heraldo de Aragón, Correo de Valencia, La Caza Ilustrada, El Enano, Don Jacinto, Los Cómicos, Arte y Esport, Rosa y Azul, Diario de la Marina y el popular *Vox Populi*.

En este kiosco, además del cupón que se entrega por cada cinco céntimos de gasto, se hacen diferentes regalos.

Un criado se presenta en una casa á solicitar colocación.

—¿Dónde ha servido usted?

—En casa de un ciego.

—¿Y por qué le ha dejado usted?

—Porque era un hombre muy mirado.

⁂

Celebrando unos caballeros el talento precoz de un niño, dijo un vejete:

—Cuando los chicos manifiestan tanto talento, se vuelven estúpidos á una edad más avanzada.

—Según eso,—respondió prontamente el muchacho,—usted, cuando niño, debió de tener mucho talento.

⁂

En un tribunal:

El presidente.—Ha reconocido usted ante el juez que había hablado varias veces con ese hombre, y ahora afirma usted que no le conoce ni de vista. Ya ve usted que hay aquí una contradicción...

El acusado.—Nada de eso, señor presidente. Le he hablado por teléfono.

⁂

Un célebre literato recibió una carta injuriosa llena de faltas de ortografía, en la que un desdichado le retaba á un lance de honor.

El literato le contestó:

«He recibido su carta, y acepto el lance; mas como soy el ofendido, tengo derecho á la elección de armas. Elijo la ortografía, y, por lo tanto, puede usted darse por muerto.

⁂

Carta-charada

Amigo *tercia-cuarta-prima-dos*.

He recibido una preciosa cajita de *dos-cuarta*, por la que te doy infinitas gracias.

En vista de lo preciosa que es, la tengo reservada como *tercia-prima* para mi sobrinita la hija de *dos-primera-cuarta*.

Queda á tu disposición este tu amigo

Todo

SANTIAGO F. Y FERNÁNDEZ

⁂

Jeroglíficos comprimidos

I

2 PA 2 C RRA 2

II

: DIOS San Pedro San José

B. M. REVILLA

⁂

Problema

Distribuir el número 350 en cuatro cantidades desiguales, de manera que, sumando 4 á una de ellas, restando 4 de otra, multiplicando otra por 4 y dividiendo por 4 la otra, resulten iguales la suma, la resta, el producto y el cociente.

MIGUEL GAYÁ

Soluciones á lo insertado en el núm. 719

CHARADA.—Arbol.

JEROGLÍFICOS COMPRIMIDOS.—I, Parodia.—II, Pretendiente.

LOGOGRIFO NUMÉRICO.—Barcelona.

AÑO XV . BARCELONA 8 DE SEPTIEMBRE DE 1904 NÚM. 720

TEATRO NOVEDADES



Elvira Lafon

ELS ALLOTJATS (Los alojados)

Pues, sí, señores; *Los alojados* es una agradabilísima comedia llena de ingeniosas situaciones rebosantes de gracia y novedad.

Esto es lo cierto, y así me complazco en hacerlo público, aunque con ello me ponga en contra de algunos colegas excesivamente timoratos que han opinado lo contrario.

Allá ellos. Y conste que con mi manera de ser, creo que me pongo en camino de alcanzar el cielo, porque digo la verdad; y *el que dice la verdad alaba á Dios*... amén.

La comedia, traducida del francés al catalán, por don Jacinto Capella, está siendo reída y aplaudida todas las noches en el teatro de Novedades, por un numeroso público; lo cual prueba que no soy yo solo el que opina favorablemente respecto al picaresco *vaudeville*.

Pero, en fin, dejemos á un lado esta cuestión de gustos ó de conveniencias sociales; y puesto que el resultado no puede ser mejor para artistas y empresa, adelante con los faroles y que se fastidien los *faroleros*.

¿Que si la comedia tiende á moralizar?

He aquí una cuestión que se podría discutir muy bien.

Y allá va un ejemplo de los efectos que en la actualidad produce la obra en el seno de las familias.

¿Conocen ustedes á un barbero que vive en la calle de Cortes? ¿No le conocen? Yo tampoco. Pero un oficial que trabaja en su casa me ha puesto al tanto de lo que sigue:

Parece que este barbero (no el oficial, sino el amo) estaba cansado de sufrir á su mujer; y ésta, por no ser menos, estaba hasta los pelos de su marido.

El cariño que al contraer matrimonio se pudieran tener, se había trocado en una indiferencia glacial, hasta el punto que se pasaban las semanas y los meses sin dirigirse la palabra.

¡Oh! Cuando un barbero y una barbera se descarrían, no hay quién los encarrile.

Así las cosas, no hace muchas noches cogió el maestro su llave, y la maestra la suya, yéndose cada cual por su lado, como de costumbre.

Ni el uno dijo buenas noches, ni la otra por ahí te pudras.



ENRICH: Un altre petó?
PAULINA: Me 'n dono vergonya.
ENRIQUE: Otro beso?
PAULINA: Me da vergüenza.

Pero, ¡oh, casualidad de las casualidades! ambos se dirigieron al mismo sitio, aunque por distinto camino; ó lo que es igual: la mujer tomó por un lado y el marido por otro, hasta llegar al teatro de Novedades.

Primero entró el marido, porque había llegado antes y después su esposa; de manera que sin saber nada el uno ni la otra, los dos presenciaron con verdadero regocijo el lindísimo *vaudeville*.

La barbera rió como una tonta, y hasta llegó á sentir escalofríos en la emocionante escena del comandante y Pauleta, ó sea cuando ésta lo enamora, valiéndose de la absenta y de sus diabólicas travesuras.

El barbero, por su parte, también gozó de lo lindo; por más que al llegar á esta escena (la de la absenta) notó cierto vacío en su interior y unos grandísimos deseos de algo para él desconocido... pero que desde luego le prometía un sinfín de delicias.

. . . . . .

La comedia terminó entre nutridos aplausos; el público abandonó el favorecido local y el barbero se coló en una horchatería, mientras la barbera se dirigía á su domicilio, tan impresionada como su esposo.

¡Oh, almas cándidas de barberos amables!

Con una de chufas en el cuerpo, se creyó el maestro que ya tendría bastante para mitigar la rabiosa sed que le molestaba, y paso tras paso llegó á su casa.

Su mujer ya se había retirado al gabinete que ocupaba ella sola; y tan aburrido como de costumbre, pero sin olvidar las agradables escenas que acababa de presenciar, se quedó el marido en calzoncillos, se metió en la cama y trató de conciliar el sueño.

Pero la pícara sed le atormentaba de nuevo, poniéndolo en la misma situación que al comandante de *Los alojados*.



El comandant explicant l' aventura del túnel. (El comandante explicando la aventura del túnel.)



ESTEVE: S' hi juga.
SR. LEVY: S' hi guanya.
ESTEVE: S' hi pert.

ESTEBAN: Se juega.
SR. LEVY: Se gana.
ESTEBAN: Se pierde.

¡Pobre barbero!

Buscando algo que aliviara sus torturas, saltó de la cama, encendió la bujía y salió de la alcoba. ¿Dónde iba?

Ni él mismo lo sabía, porque aquella sed no se apagaba con agua; necesitaba algo más activo, algo que le dejase reposar tranquilamente.

Y aquí viene la otra casualidad:

Al dar algunos pasos por el comedor, se encontró de manos á boca con su mujer, que salía á su encuentro con una ligerísima bata y la bujía en la mano.

—¡Casimira!—murmuró el barbero.

—¡Eleuterio!—siguió la barbera.

Y ambos se quedaron en actitud de candelabros.

Era la primera vez que se dirigían la palabra al cabo de cuatro meses.

—¿Estás enfermo?—preguntó Casimira.

—Me parece que sí. ¿Y tú?—continuó Eleuterio.

—Yo te he oído trastear y he salido á ver si querías algo.

—Pues sí, estoy... vamos, que tengo una sed terrible, que no se me pasa por más que hago.

—¿Y no es más que eso?—preguntó Casimira con cierta zalamería que no pasó desapercibida para su marido.

—Nada más. Pero ya verás cómo me pongo malo.

—¡Quiá!

—¿Cómo quiá?

—Quiero decir que, por una de esas casualidades (1), tengo yo lo que te ha de poner bueno...

Eleuterio no se pudo contener y estrechó entre las suyas una mano de su esposa.

—¡Jesús, hijo, despides fuego!—exclamó la barbera.

—Y acabaré por echar chispas... pero este remedio, ¿dónde está?

—En aquel armario. ¿Quieres que te sirva una absenta?

—¡Cuerno!— exclamó

(1) Y van tres.



LABOURDETTE: Miri que 'm fará vessar l' absenta.
(Cuidado que me hará derramar la absenta.)



LABOURDETTE: ¡A casa d' ella! ¡No pot ser!
(¡En su casa! ¡No puede ser!)

Eleuterio completamente trastornado.

—¿No te gusta?—Pues te participo que no hay nada mejor para estos casos.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—Por Pauleta...

—¿Eh?

—Digo, justo, por Pauleta, por la sobrina del médico del principal.

—¡Acabáramos! Yo creí que te referías á la del comandante...

—Oye, grandísimo pillo,—interrumpe Casimira.—¿Qué comandante es ése?

El barbero nota que ha metido la pata y murmura, procurando que su esposa no sospechase nada.

—Verás; pues me refiero á ese comandante de infantería á quien afeito en su casa.

—¿Quieres serme franco y te perdono?

—Juro decirte la verdad.

—¿Dónde has estado esta noche?

—En Novedades.

—¡Olé!

—¿Cómo?

—Que yo también he estado y que no hay más que hablar. Te voy á servir una absenta con su correspondiente *chorrito*... ¿Quieres tú, rico mío?

El barbero siente una especie de vértigo y se agarra á su mujer para no caerse.

—¡Ay, Casimira,—dice suspirando.—¿Volveremos á ser lo que fuímos hace algunos años?

—Yo creo que sí... Conque, ¿quieres la absenta?

—Pues no la he de querer. ¿Pero me la vas á servir en mi habitación?

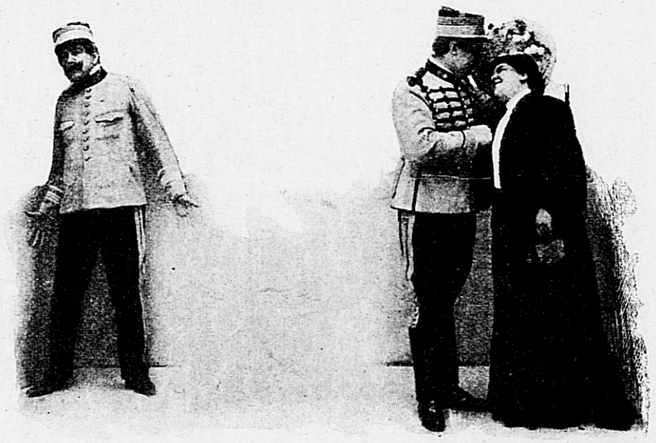
—Eso ya lo tenía yo pensado,—exclama Casimira, con exquisita zalamería.

Y marido y mujer desaparecen de escena en la misma forma é idéntica situación que los famosos personajes de *Los alojados*.

¿No es esto portentoso? ¿No es esto sublime inclusive?

Pues este portento y esta sublimidad no es debida ni á los sabios consejos que constantemente recibía Casimira de sus padres, ni á los sermones que su tío le largaba diariamente al barbero.

Este arreglo doméstico, este hogar desapa-



LABOURDETTE: ¡No podré may obrir una porta que no trobi una parella fent el colom!)
(¡Siempre que abro una puerta encuentro una pareja dándose el pico!



SR. LEVY: Coronel, ja pot donar el bras á la meva dona.
(Coronel, puede usted ofrecer el brazo á mi mujer).

cible convertido en delicioso Paraíso, se le debe única y exclusivamente al *vaudeville* en cuestión.

Creo que por este lado no podrá decir nada en contrario ni el más intransigente moralista.

Maridos que estáis distanciados de vuestras mujeres; esposas que estáis cansadas de vuestros maridos; novias que tenéis novios aferrados á la soltería; amigas que tenéis amigos, y otra infinidad de personas que vivís en sociedad haciendo un tristísimo papel, no dejéis de ver *Los alojados*, y allí encontraréis remedio á vuestras tristezas y todo lo que os dé la gana.

—Adelante, señores, vayan pasando y verán *de* como...

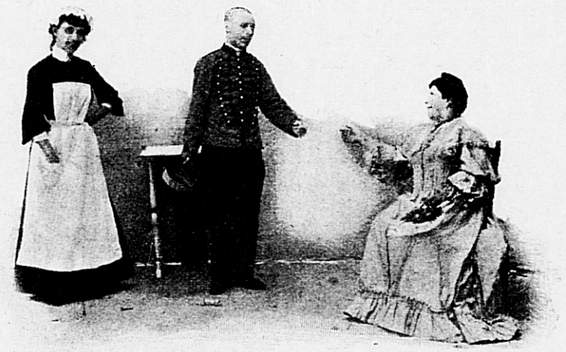
Dispensen ustedes este descarrilamiento, hijo del estado de nervios que padezco en estos instantes. La cosa es natural. Acabo de llegar del teatro, escribo impresionado por aquellas escenas sugestivas, siento una sed que me devora y no tengo quien me sirva la codiciada absenta.

¡Recristina!...

JOAQUÍN ARQUES

Merecen un sincero aplauso, el espléndido empresario don Juan Elías, el cual ha demostrado ser un concienzudo director de escena, pues á él se debe la mayor parte del éxito alcanzado por *Els allotjats*.

También el notable escenógrafo señor Chía ha cooperado al triunfo con la bonita decoración del primer acto; siendo no menos dignas de aplauso las artistas señoras Lafón, Mateu, Grillot, Bidosa, Farnés y los señores Masip, Bergés, Huervas, Banquells, Torres, Espinosa y Andrés.



MOULARD: El comandant Labourdette.
SRA. MARTÍ: Será mol ben rebut á casa meva.
MOULARD: El comandante Labourdette.
SRA. MARTÍ: Será muy bien recibido en esta casa.



Rosalía ense ıyant lo que ha comprat á plassa
(Rosalía enseñando la compra).

Los domingos de Teodora

AFIRMA un refrán muy conocido, que nunca llueve á gusto de todos.

Pues más difícil es dictar leyes que merezcan, por igual, las alabanzas unánimes del país.

Desde que cada ciudadano se permite el lujo de creerse un Salomón, se ha hecho imposible la tarea de legislar.

Unos ven negro lo que para otros es tan nítido como el ampo de la nieve; éste ríe con lo mismo que aquél llora; y á cada ley nueva, á cada precepto gubernativo, surgen indefectiblemente los aplausos de quienes al amparo de aquéllos espera crear intereses no logrados todavía y las censuras de los que se consideran perjudicados.

Y continuamente se repite la inevitable cantinela de los derechos adquiridos, etc.

Ni más ni menos ocurre de presente con el famoso y zarandeado reglamento del descanso dominical.

Los ricos, los desocupados, los holgazanes, los que nada pierden en el juego, cantan himnos en loor de la discutida ley; los laboriosos, los que necesitan del trabajo para comer, los que honradamente procuran allegar la mayor cantidad posible de recursos y vivir con el esfuerzo propio, combaten eso que ellos llaman atentado contra la libertad del individuo y no les falta razón.

Claro es que no he de meterme á discutir la *nea* ó nueva, como ustedes quieran, reforma que se trata de implantar en las costumbres de nuestro pueblo, ni la índole del periódico lo permite, ni yo me siento con humor para tales empresas, ni mis lectoras soportarían una *lata* de ese calibre.

Así, pues, doy de lado á las disquisiciones y paso á referir á ustedes un hecho que no carece de conexión con la ley tantas veces aludida.

Teodora Caramillo,—á quien algunas amigas y no pocos amigos conocen por *doña* Teodora, *la vizcaína*,—fué cuando joven, además de buena moza, mujer alegre de cascos y frágil como el cristal en sus relaciones con el sexo fuerte.

Entregada locamente durante los floridos años á los excesos pasionales y delirios amorosos, pronto vió desvanecida su belleza, perdidos los encantos que fueron admiración de los hombres y marcados en su rostro los tristes síntomas de una vejez prematura y achacosa.



Sra. Martí: ¡Quin recort!
Champeaux: ¡Y quin ventre!

Sra. Martí: ¡Qué recuerdo!
Champeaux: ¡Y qué vientre!

Entonces pensó en *el mañana* y echando mano á los ahorrillos que lograra reunir en sus buenos tiempos, con la protección incógnita de uno de sus antiguos adoradores, estableciόse, instalando una modesta casa, en la que á diario recibía en confianza á *las* y *los* que aprovechaban su exquisita amabilidad y complacencia para celebrar gratas entrevistas *lejos del mundo y de sus pompas vanas*.

Al principio no vió sus desvelos recompensados la diligente *doña* Teodora.

—Créeme, hijo,—solía decirme:—A este paso, pararé muy pronto en un asilo.

—¿De veras?... Algo menos será.

—No exagero: está todo muy malo; me baldan á gabelas y socaliñas. Tú no sabes... ¡hay que tratar con una gentecita, que *ya, ya!*...

Y eso que tengo muy buenas amistades, que me consideran y favorecen cuanto pueden; pero, á lo mejor, me encuentro sin dos pesetas para comer y todavía no he podido ahorrar un perro chico.



Sra. Martí: Vesten á fer el sopar tú.
(Vete á arreglar la cena tú.)

—¡Parece mentira!

—Pero no lo es: somos muchos á lo mismo; ya se sabe, en este país, basta que dé cualquiera con un negocio medio regular, para que salgan cien mil competidores dispuestos á estropearle la combinación.

—La competencia es el coco de la industria.

—Así es que se gana mucho menos que se paga...

—Ya cambiarán los tiempos y serás rica.

—¿Rica? Déjate de simplezas; y ahora con estas persecuciones, imposible. No sabe una lo que será mañana de ella.



Brindis

—¡Pchs! No hay que desconfiar; todos los negocios tienen sus quiebras, y al cabo no hay bien ni mal que dure cien años...

A decir verdad, las quejas de *doña* Teodora no me convencían; la conocía demasiado y no era mujer que dejara, como vulgarmente se dice, la ida por la venida en ese género de asuntos, á los que fué siempre aficionada.

Dos años transcurrieron, sin que se me presentara nueva ocasión de ver á la famosa *vizcaína*.

Hace pocas noches la encontré y después de los saludos de rúbrica y de dirigirnos mutuamente las consabidas preguntas y respuestas de:

—¿Cómo te va?—Bien ¿y á ti?...—¡Cuánto tiempo sin vernos!—¡Ja, ja! Estás hecho un perdido.—¿Y tú?...—y de contarnos de *pe* á *pa* la vida y milagros de cada uno en el tiempo que habíamos estado sin vernos, le dije:

—Te veo muy variada, de lo que me alegro mucho.

—¡Cuántas veces he pensado en ti! ¿Recuerdas que hace dos años me dijiste que los tiempos cambiarían y que yo había de ser rica?

— ¿Acerté?

—Te pintas solo para profeta.

—Lo celebro; ¿y quién ha hecho el milagro?

—Ni lo sé, ni me importa; sólo puedo asegurarte que mis negocios marchan viento en popa y que me retiraré muy pronto á buen vivir con las ganancias. Aprovecharé la racha favorable y luego, á disfrutar en paz el fruto de mis desvelos.

—Te doy la enhorabuena.

—Gracias... ¡Ah, te advierto que al cambiar de posición, he cambiado radicalmente, brutalmente, de ideas políticas.

—¿También eso? Ignoraba que las tuvieras.

—Antes estaba siempre en la oposición, por lo de las gabelas y persecuciones: ya me entiendes... ¡Hasta me sublevé algunas veces contra la autoridad!

—Revolucionaria...

—Pues ahora, soy ministerial.

—¡Canastos! No hiciera más un político de profesión.

—¿Qué quieres?... Estoy agradecida á quien me da de comer.

—¿Cobras alguna pensioncilla?...

—Nada, hijo; pero con eso del descanso dominical estoy ganando lo que quiero.

—¡Ah!...

—¿Te asombra?

—¡Claro! Como que no veo la consecuencia: ¿también cierras tú y descansas los domingos?

—Al contrario, bobo: ¡si es cuando más trajín hay en mi casa!

—¡Acabarás de explicarte!

—Sólo siento que no *descanse* la gente los siete días de la semana: ¡me forraba en oro!

—¡Ambiciosa!

—Como te lo digo...

Me quedé haciendo cruces...

El descanso dominical... los domingos de Teodora...

Meditemos...

LUIS FALCATO

De allá

Vamos, Odulia, no me diga que no, que yo sé muy bien lo que pasa. La Trini está enamorá hasta los hueso de Pepe Fernande.

—Pue, chica, se lo tendrá reservao, porque eya me dise que no le gusta ná; dise que Pepe Fernande no parese un hombre, dise que, al verle, le hase la misma impresión que un cura de paisano.

—Eso dise de tó los novios ar prinsipio: que no le gustan. Ya te acordará tú de Oliva, aquel chico de las vena tan hinchás, que paresía su pescueso la rueda de los barquiyo. Pue, de aquél desía con mucho despresio: «¡Yo, qué voy á sé novia de Oliva! Cuando sepa tocá el arpa lo seré.» Y, sin embargo, ya sabe tú que fué su novia serca é dos año.

—Oye: ¿y qué me cuenta de María Lú? Me parese que si no se casa con éste no se va á casá ya. ¡Cuidao que ha estao vese pa casarse! ¿Cuántos año tiene ya?

—¡Pobresiya! Ya la farta poco pa tené la mitá de ochenta! Y que no tiene má remedio que apencá con er que tiene ahora. Ya ve qué porvení: un abogao tartamudo; parese que habla con cuenta gotas.

—Pero con su destino de él ya pueden viví.

—Sí, pueden viví comiendo menos que lo presiso y pasando la mar de apuro pa vesti desentemente. Ya te figurará tú que siete mí reale con er descuento no dan pa mucho.

—Para ensalá de escorola, por lo menos, ya tienen; y si se contentan con comé postre na má...

—Eso é; y acaban la luna de miel vestíos de plumas.

—¿Y de Perico Gamero, has sabío argo?

—¡Si se ha casao! ¿No sabe que se ha casao?

—Esta é la primera notisia.

—¡Bah! Se casó hase cuatro mese con una viuda muy rica y muy fea.

—¿Muy fea? ¡Y tanto que desía!



LABOURDETTE: ¡Quín concert per un sord!
(¡Vaya un concierto para un sordo!)



PAULETA: Després el rajolí... y per acabar á raig d' ampolla.
(Después el chorrito... y para concluir todo el chorro.)

—Yo he visto un retrato de eya y se me antojó que estaba delante de un inglé disfrasao de señora.

—Ya vé; para hasé caso de los hombres moderno. Cumplimos nosotras la palabra que damos mejó que eyos. A mí me dijo que estaba desidío á casarse contigo.

—Grasia á que á mí no me importaba ná Perico, porque con aqueya narí tan grande, y luego tan dergao, paresía un siete.

—Argo si lo habrás sentío, porque tanto tiempo de relasione es pa tomarse cariño.

—Pue, no lo crea, no lo he sentío ná; yo hablaba con él á la fuerza; por mi gusto hubiéramos regañao hasía mucho tiempo. Pero tú has debío vení á otra cosa; has debío vení pa desirme alguna cosa de interé.

—¿De interé? Bueno, sí; argún interé tiene. Te advierto que no se lo he dicho á nadie todavía: tú ere la primera que lo sabe. Se trata de Emilio.

—Entonse é buena la notisia; sí, porque si vienes á hablarme de tu novio, y vienes contenta, traes una notisia de alegría.

—De alegría pa él y pa mí.

—Pue, que... ¿le han hecho ya catedrático de la Universidá de Valensia, como tú quería?

—¡No, tonta! Vengo á desirte que me caso el mé que viene.

ABELARDO DELGADO

Sombras

En mi potro andaluz de sangre pura
y envuelto con mi manta jerezana,
caminaba risueño,
creyendo en tus palabras,
pensando en tus promesas,
recordando tus lágrimas.
Era feliz, dichoso,
porque iba á ver tus ojos y tu cara,
y sentía más dicha y más contento,
cuanto más á tu calle me acercaba...
más... al entrar en ella
te vi con otro amante en la ventana.....
La lucha fué muy ruda, aunque brevísima,
porque á poco cayó muerto á mis plantas;
y al ver su sangre roja,
sentí hacia el muerto compasión y lástima,
al pensar que sería un desgraciado,
que, como á mí, engañaron tus palabras.

A. D.

Como la yedra

Me dijeron que Rosendo estaba en la cárcel y me sorprendió la noticia.

¡Rosendo en la cárcel!... ¿Y por qué?

¡Pero si Rosendo fué siempre el más *hombre de bien* de la comarca!

Me resistí á creerlo y corrí á convencerme por mis propios ojos. Por el camino dudé al pensar siempre en la honradez de aquel hombre; pero á ratos me explicaba el hecho justificado por un sólo motivo... Disputas surgidas con algún vecino sobre la *tanda* del riego... Acaloramientos que ciegan á veces á las almas más pacíficas... Un momento de esos en que los hombres más inofensivos pierden su calma habitual y esgrimen una herramienta contra el prójimo, que cae muerto á sus pies... ¡También los hombres honrados se ven á veces precisados á matar...! No es extraño que Rosendo esté en la cárcel en estos tiempos en que la granujería y la maldad van picando en todos los corazones hasta provocarlos y excitarlos á la contienda.

Y así pensando llegué á la cárcel.

Entré por aquellos lóbregos y mugrientos pasillos; llegué al patio, donde infinidad de criminales reían y bromeaban libres del peso de sus conciencias; busqué con la vista á Rosendo y no hallándolo entre aquella cáfila insensata de malvados en su mayoría, pregunté y me llevaron á su calabozo.

Entré en él y tuve que esperar un buen rato á que mi vista se acostumbrara á ver en aquella obscuridad. Poco á poco se fué dibujando la silueta de un hombre viejo ya en medio de la lobreguez que crispaba los nervios; pero Rosendo no estaba solo: una mujer había allí á quien al poco reconocí: era su hija. Rosa, la garrida moza que fué siempre la alegría de aquel pedazo de tierra que su padre cultivaba; Rosa se llamaba, y, en efecto, era rosa nacida al amparo de aquellos pomos de azahares y entre los arrullos cariñosos de los cañares de aquel pedazo de huerta.

Cuando me vieron, Rosendo se abrazó á mí y Rosa empezó á llorar amargamente. Yo cada vez estaba más confundido ante aquel cuadro inesperado.

—¿Qué ha pasado?—dije por fin ardiendo en deseos de saber los motivos de aquel encierro.

Y Rosendo, después de enjugarse unas lágrimas, comenzó á contarme de esta manera:

—Yo, como sabes,—dijo,—era un hombre honrado... y aun lo soy, sí, aun lo soy... No deshonra el matar cuando la muerte de un sér lava una



LABOURDETTE. ¡Ay! El rajolí... no se 'l que 'm pasa...
(¡Ay! El chorrito... no sé lo que me pasa...)



MOULARD: ¡Ay!... Que 'm fa pessigollas.
(¡Ay!... Que me hace usted cosquillas.)

mancha: la mancha en la honra... Y cuando uno ha llegado á viejo después de muchas fatigas por conservar su frente limpia de todo estigma, cuando uno ha conseguido ver blanquear sus cabellos sin que empañe su blancura la más leve mancha y de pronto se ve rodar por el cieno de la vida y enfangarse entre las babas de un miserable sesenta y cinco años de existencia honrada, entonces se mata como sea: frente á frente si hay quien dé la cara, por la espalda si huye el criminal cobardemente... Todo medio es bueno cuando se trata de volver por la honra herida y por la inocencia seducida... El cuervo carnívoro merece cualquier muerte por ignominiosa que sea, cuando trata de llevarse una á una las palomas de nuestra casa, las ilusiones de nuestra alma.

—Tú eres muy joven,—añadió,—muy joven y no puedes hacerte cargo de ese amor tan profundo que sienten los padres por los hijos... Tú eres muy joven... Cuando tengas hijos comprenderás mi crimen.

Muchas veces que tú ibas á la puerta de mi barraca en tus paseos acostumbrados te hablé de mi hija, de Rosa, de éste ángel que me dejó su madre para que yo no muriera solo, triste y viejo, como la yedra cuando le falta el tronco para asirse... Yo te dije alguna vez que por mi Rosa sería capaz de todo, del crimen, de la deshonra, de dar la vida... Pues bien, llegó el momento de probar mis palabras. ¡Quién lo pensara!

Hacía bastantes días que Rosa se levantó triste, pensativa, con los ojos amoratados, con la cara amarilla; si iba á la acequia á lavar no cantaba como antes; si iba á la huerta á regar los rosales, no volvía con la cabeza cubierta de rosas y el pecho adornado de jazmines... Esto me hizo pensar y pensé mucho, mucho, hasta que al fin llegué á creer que sería cosa de que hacía unos días había quedado mal con su novio, con Pencho... ¡Maldito sea! Bien pronto me desengañé de de que aquello no pasaba, como yo creía, con el tiempo... Cada día iba Rosa pareciéndose más á un cadáver, comenzaba á huir de mí, ¡de mí! que era como la yedra á quien prestaba apoyo, la única hija que Dios me concedió...

Entonces le pregunté; ella se negó á decirme la causa de su daño; yo insistí mucho, mucho, como la yedra que siente que el tronco se desploma y que tras de el tronco rodará ella también al suelo para ser reducida á polvo...

Por fin un día, con el miedo de quien ha cometido un gran delito, me confesó una cosa, que me puso los pelos de punta... ¡Quién había de creerlo! ¡Mi hija deshonrada por aquel granuja que la había engañado cobardemente!... ¡quién había de creerlo! Lo que sentí no se lo sé explicar. Primero quise odiarla á ella; pero no pude. A medida que pasaban los días mi odio, si era odio lo que yo sentía por esta desgraciada, se convirtió en compasión y en pena.

¡Si era mi hija! ¡Mi hija que se moría tísica poco á poco, y que morirá sin duda antes que salgamos de aquí!...

(Esto lo dijo Rosendo sollozando y arrimando su rostro á mis oídos, humedeciendo mi cara con sus lágrimas... No quería que Rosa oyera aquella sentencia terrible.)

Esperé á que mi cerebro se despejara y pensara en alguna idea que solucionara aquel tormento que sentía dentro de mi alma. Y ví la solución, no había más que una.

Busqué á Pencho en vano. Y desesperado ya de no encontrarle, dediqué todos mis cuidados á Rosa que cada día empeoraba.

Un día me levanté decidido á saciar la sed de venganza que me ahogaba ya el pecho y me mataba. Y creció mi ansia al oir decir á mi hija:—Ya ves, padre, no vuelve; me dijo que volvería y no vuelve... ya lo consiguió todo, ahora se casará con otra.



(¡ ..... !)
(Sin traducción)

Y yo, entonces, sentí surgir en mi pecho un deseo tan grande de matar que todo lo hubiera dado por saciar mi apetito de sangre, como nunca lo sentí.

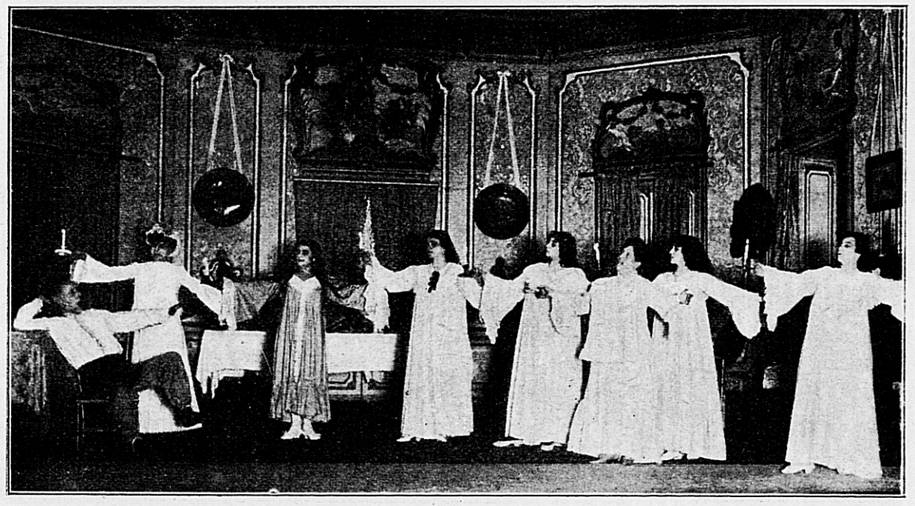
Aquel día estaba mi hija muy mala. La dejé sola y juré no volver á mi barraca sin sangre de Pencho en mis manos.

Tuve suerte. Era muy temprano y á los pocos pasos vi á un hombre que receloso y ligero cruzaba la senda... Ya sabía yo que aprovecharía la niebla del amanecer para ir á la ciudad cuando algunos días, que eran pocos, iba á su casa, de casa de sus amos.

La alegría que sentí fué inmensa. Miré una gran valla que nos separaba y me creí en aquel momento más fuerte que ella... Me sentí capaz de derribarla al tropezar con ella.

Lo alcancé y cuando quiso defenderse ya tenía hecho dos el corazón.

Entonces gocé; sentí placer, ese placer que siente el alma cuando ve satisfecha una vengan-



TOTAS: ¡Y per demunt de totas nosaltres!
MOULARD: ¡Son massa!... ¡son massa!. .

TODAS. ¡Y por encima de todas nosotras!
MOULARD: ¡Son demasiadas!... son demasiadas!...



PAULINA: Han sigut molt pocas vegadas, coronel.
(Han sido muy pocas veces, coronel.)

za... ¡Justa era la mía! porque yo le había quitado la vida; pero él me había quitado la honra y la vida de mi hija.

Al caer tropezó con la bardiza: la yedra que subía por las cañas se desprendió y cayó sobre su cuerpo cubriéndole la cara... ¡La yedra protegía mi crimen y besaba en él, dándolo por bueno!

Corrí á la barraca, y con la alegría de quien va á mostrar una obra buena, cogí á Rosa de la mano, la llevé al sitio donde estaba el cuerpo sin vida y se lo mostré...

—¿Padre, qué has hecho?—me dijo.

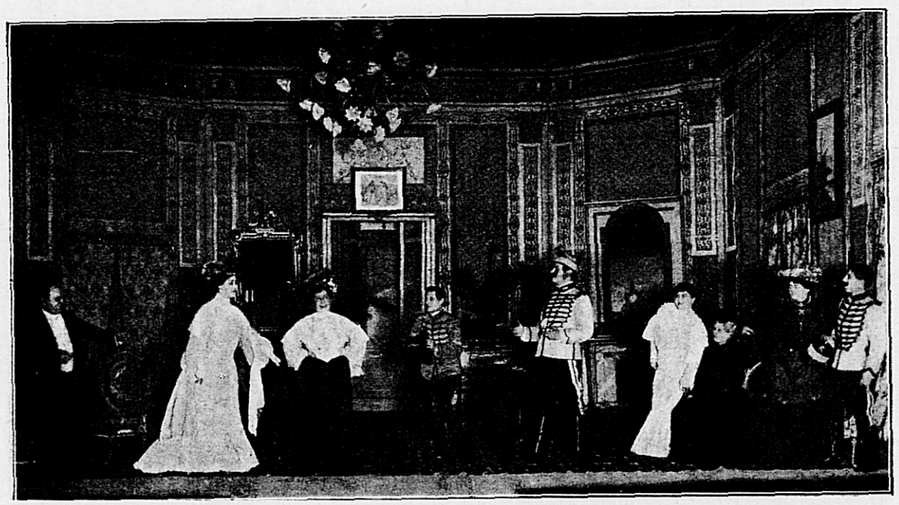
—Como la yedra,—le contesté,—como la yedra... Le quitan su apoyo y cae y al caer encierra entre sus hojas al insecto que roía su tronco, y el insecto muere. ¡Yo soy la yedra, hija mía! ¡Como la yedra hice!

.....Y ya ves, estamos aquí, presos...

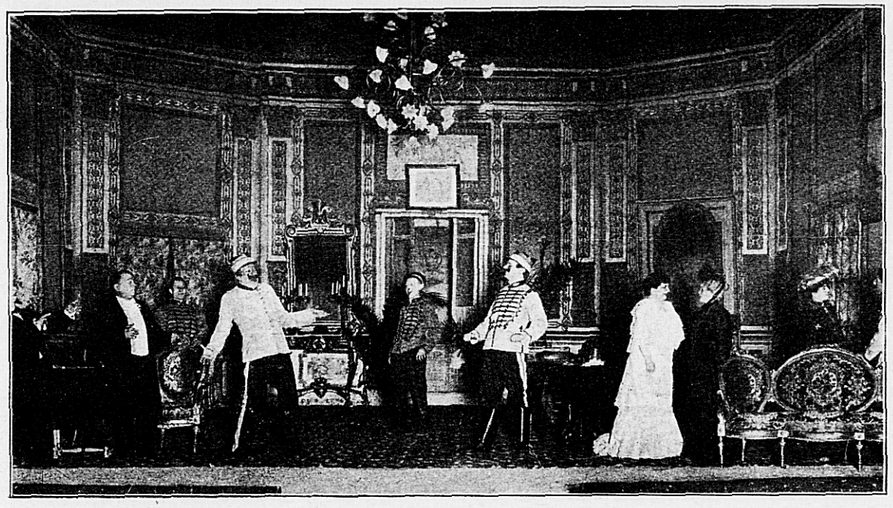
Rosa por salvarme dijo que ella lo mató, yo lo negué y me confesé autor; y en esta duda aquí nos tienen mientras la justicia no compruebe la verdad... Aquí, como la yedra, que no tiene luz ni agua, cayendo poco á poco y á medida que ese apoyo que le sirvió de tronco va cediendo al peso de la muerte...

¡Como la yedra...!

P. JARA CARRILLO



La escena de la dansa del ventre. (La escena de la danza del vientre.)



ESCENA ÚLTIMA

LABOURDETTE: Pero, ¿y aquets dos senyors?
SR. LEVY: ¡Psit! ¡Calli, home! ¡Que no veu que hi ha la dona!
LABOURDETTE: Pero, ¿y estos dos señores?
SR. LEVY: ¡Psit! ¡Cállese! ¡No ve usted que hay mi mujer!

Rima

El viejo mendigo
que al pie de la elevada montaña,
en noche de invierno muy negra, muy fría,
fatigado detiene su marcha,
y siente un ruido
que le agita, conmueve y espanta,
al hallarse allí solo, agobiado
de pesares sinfin que le matan,
no tiene más penas,
mujer, en su alma,
que yo siento en la mía, mirando
el dolor que refleja tu cara.
El pobre soldado
que en la lucha sangrienta levanta
su frente orgulloso,
sin temor á las balas que pasan
rozándole á veces,
y se bate con sed de venganza
hasta el fin, en que plomo invisible
en su pecho valiente se clava,
haciendo á su cuerpo
que vacile un momento y que caiga,
no siente más penas,
mujer, en su alma,
que yo siento en la mía, mirando
el dolor que refleja tu cara.
El siempre aplaudido
gallardo aeronáuta
que en su globo, al espacio infinito
sonriendo tranquilo se lanza,
y observa que al globo
con ímpetu arrastra
el viento furioso
hacia el mar que se ve en lontananza,
haciéndole pronto que mire con pena
el cielo allá arriba y allá abajo el agua,
y, después, que del mar al abismo
con el globo velozmente baja
hasta oir el rumor no lejano
de las olas enormes que avanzan,
no siente más penas,
mujer, en su alma,
que yo siento en la mía, mirando
el dolor que refleja tu cara.
El náufrago triste
que á las rocas con ansia se abraza,
después de una lucha terrible, imponente,
con las olas furiosas que braman,
y ve que las rocas
sus manos desgarran;
que salta la sangre de heridas que tiene;
que no puede llegar á la playa
por faltar energía á sus brazos,
y que muerte angustiosa le aguarda,
no siente más penas,
mujer, en su alma,
que yo siento en la mía, mirando
el dolor que refleja tu cara.

EMILIO PÉREZ EGEA

LA REPÚBLICA

Es un hermoso cromo á doce colores, que mide sesenta por ochenta y dos centímetros, pudiendo presentarse como un elegantísimo cuadro.

PRECIO: Dos pesetas, franco de portes

que pueden remitirse en sellos de correo.

Pueden adquirirlo los suscriptores y lectores de LA SAETA, dirigiéndose á esta administración, calle de Provenza, 266, Barcelona, á nombre de ROMÁN GIL.—Editor.

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PROVENZA, 266 BARCELONA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y ultramar, un año	17 »

Número corriente 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses en España y un año en el Extranjero. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

A NUESTROS LECTORES

Participamos á nuestros lectores que podemos servir

Colecciones completas

DE

LA SAETA

del año que ha pasado, sin aumento alguno del precio ordinario, ó sea á

20 céntimos número

SANTAL MIDY

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficáz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Imprenta de Antonio Virgili en Cta. — Rosellón, 208

PROVENZA, 266 BARCELONA — ROMÁN GIL-EDITOR — PROVENZA, 266 BARCELONA

Catálogo de las obras publicadas por esta Casa

Á REAL EL CUADERNO

Dramas del Santo Oficio, novela histórica original de don Alfredo Román de Luna.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

¡Viva España! Historia popular de las guerras de Cuba y Filipinas, por E. Rodríguez Solís.—Ilustrada con riquísimas cromolitografías.—Consta de 84 cuadernos, formando 2 tomos.

Luchas Supremas ó Nobleza contra Infamia. Historia de la guerra con los Estados Unidos, original de D. Victoriano Reinosa de León. (Continuación de ¡Viva España!) Ilustrada con riquísimas cromolitografías. — Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

El Secreto de la Muerte, novela original de Álvaro Carrillo —Ilustrada con oleografías.—Consta de 52 cuadernos, formando 2 tomos.

Miserias Humanas ó Pedazos de la Realidad, novela original de D. Eleuterio Ruilop.—Ilustraciones del reputado artista D. Manuel Picolo.—Consta de 60 cuadernos, formando 2 tomos.

Á 2 REALES CUADERNO

Historia de la Revolución Española desde la Guerra de la Independencia á la Restauración, por D. Vicente Blasco Ibáñez, con un epílogo de D. Francisco Pi y Margall.—Segunda edición corregida y aumentada—Ilustrada con fototipias, fotolitografías é infinidad de retratos—Consta de 108 cuadernos, formando 3 tomos.

Historia crítica de la Restauración borbónica en España (Veinticinco años de historia contemporánea), por Don Emilio J. M. Nogués, con un prólogo de D. Enrique Vera González. (Segunda parte de la Revolución Española).—Obra ilustrada con profusión de oleografías aparte del texto.—Consta de 116 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Guerrilleros de 1808. Historia popular de la Guerra de la Independencia, por D. E. Rodríguez Solís.—Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Ilustrada con magníficas oleografías á doce ó más colores.—Consta de 56 cuadernos, formando 2 tomos.

Glorias Republicanas (americanas y españolas), por A. Sánchez Pérez.—Ilustrada con oleografías y retratos de celebridades.—Glorias republicanas (americanas y españolas) es, ante todo y sobre todo, libro de propaganda, y en este concepto y con esa tendencia lo escribió el antiguo compañero de Robert y de Luis Rivera en el inolvidable *Gil Blas*.-Consta de 100 cuadernos, formando 3 tomos.

Los Mártires del Trabajo, novela filosófica social por D. Vicente E. Miquel, abogado.-Ilustrada con grabados aparte del texto.—Consta de 20 cuadernos, formando 1 tomo.

La Casa del Crimen, novela de costumbres escrita por Alvaro Carrillo.—Ilustrada con grabados.—Consta de 43 cuadernos, formando 2 tomos.

Conflictos entre la Razón y el Dogma (Memorias íntimas de un librepensador), por H. Ardieta.—Consta de 50 cuadernos, formando 2 tomos.

A 6 REALES TOMO

Maravillas de la Fotografía y la Electricidad, Cinematógrafo, Teléfono y Radiógrafo.

Diccionario manual de las falsificaciones en los principales productos alimenticios.

A través de los cielos.—Astronomía al alcance de todos.

La Muerta Viva ó El Sepulcro Misterioso, por Leandro García Merino.—Forma esta interesantísima novela un voluminoso tomo de 492 páginas en 4.º, con magnífica cubierta al cromo y 20 preciosas láminas en color.—Precio 4 ptas

NOVELAS ILUSTRADAS Á 2 REALES TOMO

Zazá, Mimí y C.ª
Enrique de Lagardère ó El Jorobado.
Los Huérfanos del Puente de Nuestra Señora.
El Tenorio de Belchiche.
Corpus de Sangre ó Expiación.
Entre Niñas y Brigadieres
La Choza de Tom ó El Martirio de los Negros.
Lulú.

BIBLIOTECA ECONÓMICA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

La Plegaria de Amor.
La Hija de la Muerta.
El Mártir de su culpa.
Corazón de Madre.
La Caridad de un Angel.
Abandonada en el Mundo.
Calvario de Amor.
Mal Padre y Buena Hija.
Corazón en la Mano.
El Suplicio de una Mujer.
El Perdón del Marino.
Lágrimas de Hielo.
El Rey de Imerecia.
El Cuento de María.
Andrajos y Diamantes.
Enriqueta.
Un Mozo aprovechado ó La Orfandad por Herencia.
La Cruz del Monte.
Equivocación fatal.
Mujer y Angel.
Flores del Alma (2.ª parte de Mujer y Angel).
El Recuerdo de Gloria.
El Sueño del Artista.
Pobreza y Virtud.

SECCIÓN CIENTÍFICO-RECREATIVA Á 20 CÉNTIMOS TOMO

Esta interesantísima Biblioteca la forman cuarenta tomos con cubierta y láminas al cromo, en los que, por series se refieren, por el Capitán Warthon, en forma novelesca y amena, aventuras extraordinarias y viajes peligrosos por las cinco partes del mundo.

Serie 1.ª—Tres Españoles en Australia (4 tomos).
» 2.ª—Los Náufragos de «El Elthen» (5 id.)
» 3.ª—Los Hijos del marino Crammer (6 id.)
» 4.ª—Aventuras de una Mujer en California (6 id.)
Serie 5.ª—Los Misterios del África (5 tomos).
» 6.ª—Un drama en un Globo (4 id).
» 7.ª—La Vuelta al Mundo en Bicicleta (10 id.)

ACTUALIDADES

Viajes al país de los Boers, por el capitán holandés Von de la Roc.—Esta interesantísima obra, en la que se hace un acabado estudio del Transvaal, de su historia, usos y costumbres, y se sigue paso á paso la última campaña anglo-boer, se publica por cuadernos de 32 páginas y profusión de grabados intercalados en el texto.—El precio de cada cuaderno es de 20 céntimos.

El Paludismo, por A. Gil y Morte, Catedrático de la Facultad de Medicina de Valencia.—Precio: 1 peseta.

Los pedidos de estas obras para provincias, á D. ROMÁN GIL, PROVENZA, 266, bajos.-BARCELONA
En Madrid: D. Gregorio Pueyo, Mesonero Romanos, 10, librería.